

Universidade de São Paulo
3º Simpósio Iberoamericano de História da Cartografia
Agendas para História da Cartografia Iberoamericana
São Paulo, abril de 2010

El damero en discusión:
PRÁCTICAS ESPACIALES Y CARTOGRAFÍA URBANA EN LIMA
TARDO VIRREINAL

Isaac D. Sáenz
SPGSE FAUA UNI, Lima-Perú

Introducción

Durante el siglo XVIII emerge en el Perú colonial, una nueva forma de comprender la ciudad, como un laboratorio urbano, un espacio de experimentación, a propósito del proyecto civilizador de los borbones, a través del despliegue de estrategias que procuraban la racionalización de las prácticas urbanas, tanto en el ámbito social como en la fábrica física. Estas estrategias y disposiciones se encontraban en estrecha relación con el imaginario urbano ilustrado: circulación, salubridad y control.

Diversas disposiciones fueron implementadas por parte del estado borbónico en este contexto: la racionalización del trazado urbano, el registro de la población y la infraestructura física, la representación cartográfica del escenario urbano, la implementación de obras públicas, la incorporación de nuevas autoridades y agentes técnicos vinculados a la gestión de la ciudad, el control de la salubridad pública, el disciplinamiento de las diversiones públicas, entre otras. La cartografía urbana tuvo un papel destacado en la implementación de estas reformas, por un lado, al constituir una herramienta poderosa en su gestión y construcción y por otro lado, al reflejar y exaltar los cambios que experimentaba la ciudad.

De otro lado, diversos sectores de la población, incluyendo las clases subalternas, plantean y afirman formas particulares de asentamiento, formas de apropiación y uso del espacio urbano al margen y, muchas veces, en oposición de los dictados de la razón borbónica. Estas prácticas pueden evidenciarse en el caso de Lima y Callao, en la pugna por acercarse al río, transgrediendo los límites de las murallas, la alteración del trazado cuadrículado en diferentes secciones de la ciudad, el crecimiento urbano fuera del trazado regular del Nuevo Callao, la persistencia de patrones de asentamiento espontáneos y orgánicos como los arrabales y otros patrones localizados en los extramuros como caletas y palenques, asociados a indios pescadores y negros cimarrones, respectivamente.

Tales prácticas pueden leerse a primera vista, como divergentes y en irresuelto conflicto, al punto que, Charles Walker termina por evaluar los resultados de las reformas de los borbones, en términos de fracaso, por lo menos en relación a las prácticas sociales (Walker, 2007). Sin embargo, tales conflictos pueden entenderse también como parte de una dinámica recurrente en la construcción del espacio urbano colonial, que cruzó transversalmente el periodo virreinal, un escenario signado por una constante negociación en torno a la legitimidad del espacio y del territorio por parte de los diversos sectores sociales, alimentados por prácticas e imaginarios urbanos frecuentemente discordantes, proceso que se inserta en lo que Karl Offen denomina prácticas espaciales.

Las prácticas espaciales se definen de acuerdo a Offen, como el conjunto de

estrategias, políticas, actividades económicas y desempeño social que afirma y demuestra autoridad sobre la gente y el espacio.¹ Este concepto se encuentra asociado estrechamente a los de territorio y territorialidad. Marta Herrera entiende el territorio como una categoría que incluye dos sentidos. Por un lado, en términos de delimitación y apropiación del espacio por parte de personas, grupos o estados, junto a los parámetros culturales que sustentan estas acciones. Por otro, como el manejo social y político y el ordenamiento de un espacio considerado como propio.² Mientras territorialidad hace referencia al intento de un individuo o grupo por afectar, influenciar o controlar gente, fenómenos y relaciones, al delimitar y afirmar control sobre un área geográfica. No se trata de un proceso instintivo o mecánico, sino más bien, de una estrategia compleja, un instrumento a través del cual la gente construye y mantiene una organización espacial.³

De acuerdo a estos conceptos, las diversas prácticas urbanas coloniales podrían entenderse como parte de un proceso de afirmación y construcción del territorio, que incluía prácticas y discursos que procuraban por un lado, la legitimación del orden colonial y por otro, formas alternativas de territorialidad por parte de la plebe y otros sectores sociales.⁴ En este trabajo proponemos más bien que estas prácticas pueden entenderse en un marco de constante negociación en la construcción del espacio urbano, en el cual tomaron parte no solamente la plebe, sino todos los sectores de la sociedad, incluyendo las autoridades y los vecinos. En este sentido, las ciudades coloniales constituyeron además de espacios de representación de poder, escenarios de conflicto, negociación y resistencia y arenas culturales o crisoles para el cambio al mundo moderno.⁵ Entendemos así, la ciudad no como un objeto dado, sino como un escenario dinámico, mutante, en permanente construcción, en función de actividades, prácticas, discursos e imaginarios, a veces convergentes, a veces divergentes. Sus elementos físicos: edificios, calles y espacios urbanos constituyen signos susceptibles de ser leídos, interpretados, digeridos.

Diversos autores han señalado el carácter ambivalente y subjetivo del documento cartográfico y cómo reflejan un sentido, un proyecto y visión del mundo en torno a una sociedad determinada.⁶ Así, la lectura tradicional de la representación cartográfica,

¹ Ver al respecto: OFFEN, Karl H. "Creating Mosquitia: mapping Amerindian spatial practices in eastern Central America, 1629-1779", en *Journal of Historical Geography*, 33: 2, (Abril 2007), pp. 254-282; "El mapeo de la mosquitia colonial y las prácticas espaciales de los pueblos mosquitos," *Mesoamérica* 50 (2008): 1-36; "Narrating Place and Identity, or Mapping Miskitu Land Claims in Northeastern Nicaragua," *Human Organization* 62 (2003): 382-392.

² HERRERA, Martha. "Transición entre el ordenamiento territorial prehispánico y el colonial en la Nueva Granada", en: *Historia Crítica*, Bogotá, Universidad de los Andes, N° 32 (2006), pp. 125-126.

³ SACK, Robert D. *Human Territoriality: Its Theory and History*, Cambridge, New York: Cambridge University Press, 1986, pp. 19-20 y 216, citado en: WINICHAKUL, Thongchai. *Siam Mapped. A History of the geo-body of a nation*, Hawaii: University of Hawaii Press, 1997, p. 16

⁴ En el Perú colonial, la plebe de acuerdo a Scarlett O'Phelan, surgió en el siglo XVIII para designar a las capas bajas de la población compuesta por indios, negros y castas. Las castas y la plebe eran vistas como alteradores del orden público (O'Phelan, 2005: 124).

⁵ Citamos una literatura creciente que explora la ciudad hispanoamericana desde su dimensión cultural, como espacio de construcción de significados, representaciones, imaginarios. Entre otros: HARDOY, Jorge y Richard MORSE (Eds.). *Cultura urbana latinoamericana*, Buenos Aires: CLACSO, 1985; *Nuevas perspectivas en los estudios sobre historia urbana latinoamericana*, Buenos Aires: Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, 1989. Más recientemente, ver: STIEBER, Nancy. "Microhistory of the Modern City: Urban Space", *The Journal of the Society of Architectural History*, 58: 3 (Sep., 1999), pp. 382-391; ALMANDOZ, Arturo. "Notas sobre historia cultural urbana. Una perspectiva latinoamericana", en: *Perspectivas Urbanas / Urban Perspectives*, n.1, 2002; ALMANDOZ, Arturo (Ed.). *Planning Latin-America's capital cities, 1850-1950*, Ney York y Londres: Routledge, 2009; HOLMES, Amanda. *City fictions: Language, body and spanish american urban space*, Lewisburg: Bucknell University Press, 2007; FRANCO, Jean. *The declined and Fall of the Lettered City. Latin America in the Cold War*. Cambridge: Harvard University Press, 2002; SPITTA, Silvia y Boris MUÑOZ. *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003.

⁶ Ver: HARLEY, J. B., *The New Nature of Maps: Essays in the History of Cartography*, ed. Paul Laxton, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 2001; "Maps, Knowledge, and Power", en COSGROVE, Denis y Stephen DANIELS (Eds.). *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*, Cambridge: Cambridge University Press, 1988, pp. 277-312; WOOD, Denis. *The Power of Maps*, New York: Guilford Press, 1992.

tecnicista y empirista, se encuentra en crisis, deviniendo en lo que Pickles ha llamado la crisis de la razón cartográfica y que, a su vez, ha dado lugar a la deconstrucción crítica de los mapas y de la empresa cartográfica.⁷

Esta lectura renovada de los mapas ha destacado las relaciones entre poder y cartografía. Pero los mapas no solamente podrían ser leídos como instrumentos que inscriben poder, sino además expresan, de acuerdo a Offen, formas particulares de apropiación del espacio, por parte por ejemplo, de los sectores subalternos. De acuerdo a esta mirada la cartografía en el Perú tardo virreinal, expresaría junto al proyecto urbano reformista de los borbones, la construcción de una espacialidad específica por parte de los sectores subalternos, sectores a los que precisamente se buscaba reformar, utilizando entre otros instrumentos, el documento cartográfico. La cartografía resultante de esta arena de conflicto podría ser entendida como una construcción bidireccional, un elemento de intersección entre los imaginarios urbanos del poder por un lado y del sujeto colonial, por otro.⁸

El trabajo que sigue busca examinar las relaciones entre las disposiciones y estrategias implementadas por la autoridad borbónica en Lima, particularmente el uso de la cartografía urbana y, las formas de persistencia de prácticas espaciales por diversos sectores de la población, evidenciándose los límites del proyecto reformista. Entendemos la cartografía en este trabajo, como un instrumento que buscó cristalizar un imaginario de ciudad ilustrada, a la vez que reflejaba sus límites y contradicciones, a través de la representación de diversas prácticas espaciales, en divergencia con el poder virreinal.

1. El escenario urbano tardo colonial y la cartografía urbana

David Buisseret ha señalado la escasa atención que se ha dado a la cartografía urbana como género de representación, no obstante haber sido una de las formas más antiguas de cartografía y lo numerosa de su producción.⁹ Un llamado de atención similar, esta vez en torno a la historiografía latinoamericana, ha sido esbozado por Enrique Hardoy, quien destaca las posibilidades que la cartografía urbana ofrece como fuente de información para el estudio de la ciudad colonial.¹⁰ La agenda historiográfica en torno al Perú colonial ha explorado este ámbito exigüamente, no obstante la creciente literatura alrededor de la ciudad colonial peruana.¹¹

Mathew Edney ha señalado que el propósito de los mapas ha sido siempre diseccionar el mundo para su asimilación intelectual, constituyendo caminos a través de

⁷ PICKLES, John. *A History of Spaces: Mapping, Cartographic Reason, and the Geo-Coded World*. London and New York: Routledge, 2004, pp. 27-59

⁸Al respecto, Heidi Scott enfatiza en las estrechas relaciones entre el colonizador hispano y los grupos nativos en la construcción cartográfica del paisaje colonial peruano temprano, con énfasis en el papel del elemento indígena en la experiencia hispana del Perú. Ver al respecto: SCOTT, Heidi. *Contested Territory: Mapping Peru in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 2009; "Más allá del texto: recuperando las influencias indígenas en las experiencias españolas del Perú", en DRINOT, Paulo y Leo GARÓFALO (Eds.). *Más allá de la dominación y la resistencia: ensayos de historia peruana*, Lima: IEP, 2005, pp. 23-47; "[Rethinking landscape and colonialism in the context of early Spanish Peru](#)", en: *Environment and Planning D-Society & Space*, 24 (4), 2006, pp. 481-496

⁹ BUISSERET, David (Ed). *Envisioning...*, 1998, p. ix. Afirmaciones similares pueden encontrarse en: CHURCHILL, Robert. "Urban cartography and the mapping of Chicago", *The Geographical Review*, 94: 1 (Jan 2004), pp. 1-22.

¹⁰ Ver al respecto: HARDOY, Jorge. *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991, apéndice 4, pp. 451-493.

¹¹ Ver al respecto: Walker, 2007, 2008; Wuffarden, 2006; Mera, 2004; Ramón, 1999 y 2004; Mattos, 2004, entre otros. Los estudios sobre cartografía alrededor del Perú virreinal han seguido básicamente dos caminos: 1) Desde la historia de la ciencia, se han estudiado las instituciones vinculadas a la producción científica y técnica, interesándose por agentes como matemáticos y cosmógrafos, abordando tangencialmente la producción cartográfica: Sotelo, 2003; Dargent, 1993). 2) Trabajos recopilatorios de cartografía urbana, tales como atlas, compendios, catálogos, guías, etc., con un interés básicamente descriptivo: Chueca y Balbás, 1981; Gunther, 1983; CEHOPU, 1997; Espinosa, 1999. Una tercera vertiente tiene que ver con trabajos que han procurado articular producción cartográfica y proceso urbanístico: Hardoy, 1991; Mattos Cárdenas, 2004; Sáenz, 2007, incluido el trabajo pionero de Bromley y Barbagelata, 1945.

los cuales la gente puede crear, perpetuar y reconfigura ideas de lugar dentro de una amplia gama de contextos sociales y culturales, entendiendo lugar como un sitio específico, fluido y mutante, que el hombre construye, otorgándole significados a través de sus acciones, pensamientos y textos.¹² Los mapas urbanos podrían ser leídos de esta forma, como piezas o fragmentos imaginarios de esa entidad denominada ciudad, siendo instrumentos clave en su construcción y conceptualización, convergiendo en este proceso, imaginaciones, imaginarios, discursos y acciones.

De acuerdo a esta mirada, la cartografía puede entenderse como un instrumento esencial en la construcción del espacio urbano colonial hispanoamericano. Además de connotaciones físico-geográficas, la cartografía urbana puede leerse como un documento vinculado a la vida social, simbólica y de construcción de significado, al abordar aspectos como actividades, costumbres, exaltación y glorificación de la ciudad, construcción de comunidad e ideas de lugar, etc., reflejando prácticas espaciales tanto del poder en sus diversas instancias, como de los diferentes sectores sociales.

La cartografía urbana presenta una serie de rasgos que le confieren carácter propio, pudiendo considerarse sus piezas como mapas temáticos, especializado en la representación de vías, edificios, espacios urbanos, infraestructuras públicas, trazado urbano, entre otros. Se trata de un género de representación circunscrito a un espacio específico del territorio: villas, ciudades, pueblos, puertos y su entorno, bajo requerimientos y contextos diversos: intervención urbana, catastro, registro demográfico, supervisión y ejecución de obras defensivas, seguridad interna, administración religiosa, etc.

En el Perú colonial la cartografía como herramienta y práctica de representación urbana, estuvo asociada al mismo proceso fundacional. Sin embargo, su desarrollo fue limitado durante los dos primeros siglos. El período colonial tardío fue más bien, especialmente auspicioso en la constitución de la empresa cartográfica. Actuaciones como la fundación de la Escuela Náutica de Lima, la visita de expedicionarios y académicos, el reordenamiento de las ciudades, así como el despliegue de políticas de control y afirmación del territorio, devinieron en un desarrollo de diferentes géneros cartográficos: mapas corográficos, cartas topográficas, planos iconográficos, perspectivas, vistas, cartas hidrográficas, etc., que incluyeron la representación de la ciudad.

Esta eclosión de la cartografía urbana nos habla de los objetivos variopintos que envolvieron la empresa cartográfica colonial. Junto a un interés por el conocimiento científico del territorio con fines de exploración y explotación, las autoridades construyeron un discurso ilustrado en torno al espacio urbano. Los mapas tuvieron un papel clave en este último propósito, al constituir imágenes poderosas en términos de difusión y consolidación del proyecto urbano reformista, en un contexto de valoración de la imagen y de intensificación de la producción impresa.¹³

El proyecto urbano reformista desplegado por la autoridad central, virreinal y edil, tuvo dos ámbitos de actuación. Por un lado, un conjunto de disposiciones dirigidas a la modernización de la ciudad, a través de políticas de control social y ordenamiento físico. En este sentido, se asignaba a la ciudad un papel pedagógico, entendiéndose como ámbito de irradiación de tal proyecto en el espacio colonial. Por otro lado, el programa de *Nuevas Poblaciones*, dirigido a la fundación de ciudades de nueva planta, que buscaba dinamizar el espacio colonial, modificando las prácticas territoriales y planteando un

¹² EDNEY, Matthew. "Mapping parts of the World", en: ACKERMAN, James y Robert KARROW Jr. (Eds.) *Maps. Finding our place in the World*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2007, pp. 121-123.

¹³ Jeanjean-Becker considera que el principal género de literatura en las postrimerías del siglo XVIII y durante el siguiente, fue el relato de viajes pintorescos, que dio cuenta de viajes y regiones remotas, haciendo un empleo profuso de imágenes. Ver: JEANJEAN-BECKER, Caroline. "Les récits illustrés de *Voyages pittoresques*: une mode éditoriale", en: LENIAUD, Jean-Michel y Béatrice BOUVIER (Eds.). *Le livre d'architecture, XVe-XXe siècle: édition, représentations et bibliothèques*, Paris: École de Chartes, 2002, pp. 23-28. Por su parte, Jean Pierre Clément encuentra en el desarrollo de la producción gráfica del siglo XVIII, un antecedente directo de la revolución de la imagen del siglo XX. Ver: CLEMENT, Jean Pierre. *Las instituciones científicas y la difusión de la ciencia durante la Ilustración*, Madrid: AKAL, 1993, p. 70

nuevo ordenamiento cuyos objetivos eran promover y revitalizar la economía colonial.¹⁴

De este modo, las ciudades peruanas, especialmente su capital y otros centros urbanos regionales, fueron escenarios de ensayo y experimentación durante el siglo XVIII, centrados en los cambios que las autoridades querían imprimir, promoviendo la modificación de las prácticas urbanas, las instituciones y la manufactura urbana misma. Durante el siglo XVIII la ciudad se consolida como centro político, religioso y cultural, adquiriendo un papel más amplio, como ámbito de reordenamiento social, situándose a la ciudad en el centro del proyecto reformista.¹⁵

La cartografía urbana tuvo un papel destacado en la implementación de estas reformas, por un lado, al constituir una herramienta poderosa en su gestión y construcción y por otro lado, al reflejar y difundir los cambios que experimentaba la ciudad. Así, la ciudad peruana durante el XVIII no fue sólo objeto de representación con fines defensivos, de exaltación y glorificación, propósitos usuales en la cartografía de los siglos XVI y XVII, sino además un ámbito susceptible de reconocimiento técnico con fines de gestión y de reordenamiento físico. La cartografía urbana de Lima, desplegada en este contexto, incluyó diversos formatos y ámbitos de representación. Por un lado, aquellos documentos que dieron cuenta de la ciudad intramuros, mientras otro grupo se interesaba por situarla en su contexto geográfico. Ambos tipos convergieron en los ejes del imaginario urbano ilustrado: orden, control, circulación.

Por otro lado, la explosión cartográfica estuvo estrechamente relacionada con la mirada científica que durante el siglo XVIII impregnó el discurso urbano. Al igual que la medicina, la ingeniería, la arquitectura militar, las matemáticas, entre otras especialidades, la cartografía buscó explicar, representar e intervenir la urbe desde un discurso racional. En este contexto, en el Perú tardo virreinal emerge una nueva forma de comprender la ciudad, como un espacio susceptible de construirse, gestionarse y representarse desde los imperativos de la razón, a través de la asimilación y construcción de discursos y prácticas científicas. Esta visión fue propugnada por los ilustrados criollos, alimentada por los tratados y discursos urbanos europeos e implementada por la autoridad borbónica. El desempeño de las autoridades a este respecto, se expresó en diversas políticas y biopolíticas, que incluyeron disposiciones como la racionalización del trazado, la nomenclatura y numeración de calles, el registro de la población y la infraestructura física, el levantamiento cartográfico del escenario urbano, la incorporación de nuevas autoridades locales y agentes técnicos vinculados al gobierno y gestión del escenario urbano: el Intendente, el Teniente de Policía, los alcaldes de barrio, los ingenieros militares, entre otros.

Así, la mirada racional de la urbe y el territorio impregnó las prácticas cartográficas del siglo XVIII.¹⁶ La representación urbana estuvo orientada a lo “justo” y “exacto” antes que a lo verdadero como sucedía en el Renacimiento. El sistema de representación que mejor expresaba esta visión correspondía a la proyección ortogonal en dos dimensiones, que se conocía como icnografía o iconografía.¹⁷

A su vez, al acercarse con mayor detalle y precisión a la ciudad, apelando a

¹⁴ Ver: OLIVERAS SAMITIER, Jordi. *Nuevas Poblaciones en la España de la Ilustración*. Barcelona: Fundación Caja de Arquitectos, 1998; PAULA, Alberto de. *Las Nuevas Poblaciones en Andalucía, California y el Río de la Plata, 1767-1810*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2000; SÁENZ, Isaac D. “Territorio y urbanismo borbónicos. Las *Nuevas Poblaciones* durante el siglo XVIII en el Perú colonial”, en *Arquitextos*, 16 (2003), Lima, URP-FAU, pp. 42-46.

¹⁵ Las relaciones entre reforma social y proyecto urbano en la segunda mitad del siglo XVIII han sido estudiadas en diferentes ámbitos de Hispanoamérica. Citamos en el caso de Lima: RAMÓN, Gabriel. “Urbe...”, en: O'PHELAN, Scarlett (Comp.). *El Perú...*, 1999, pp. 295-325. Para el caso mexicano ver: VIQUEIRA, Juan. *¿Relajados o reprimidos?: diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 1987, pp. 124-162. Respecto a Bogotá, ver: ALZATE, Adriana. *Sociedad y Orden. Reformas sanitarias borbónicas en la Nueva Granada, 1760-1810*, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario: Universidad de Antioquia: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2007.

¹⁶ PICON, Antoine. “Nineteenth-century urban cartography and the scientific ideal: the case of Paris”, *Osiris*, 2nd Series, 18 (2003), pp. 135-149

¹⁷ ARÉVALO, Federico. La representación de la ciudad en el Renacimiento. Levantamiento urbano y territorial, Barcelona: Fundación Caja de Arquitectos, 2003, pp. 208, 210

nuevos instrumentos y técnicas de levantamiento, los cartógrafos representaron Lima como una ciudad homogénea en términos gráficos, a la vez que construían una mirada más global y laica de ésta. Así, la edificación religiosa presentaba la misma jerarquía que los artefactos de la ciudad ilustrada como la plaza de toros, el coliseo de gallos, las alamedas, los cuarteles, etc., lo que evidenciaba prácticas espaciales asociada a usos y experiencias urbanas más mundanas, en clara competencia con la ciudad barroca o eclesiástica.

Uno de los documentos que mejor expresa esta mirada particular de Lima es el plano de Andrés Baleato de 1790. Al no diferenciar sectores, barrios ni unidades de vivienda, encontramos una homogeneidad gráfica, una mirada atenta a los cambios que experimenta la ciudad, expresando una ciudad laica, ordenada, circulacionista y mejor articulada con su entorno rural, resaltando así, los valores urbanos ilustrados. Asimismo, esta cartografía es sensible a una representación más amplia de la urbe, favoreciendo la visibilidad de espacios urbanos asociados a la plebe, como Santa Ana, Santiago del Cercado y San Lázaro, así como algunos fragmentos en torno a las puertas de la ciudad, espacios que los planos del siglo XVII muchas veces prefirieron omitir.¹⁸ Asimismo este plano evidencia las dificultades de la autoridad local por diferenciar el espacio urbano del rural, que formaban un conjunto heterogéneo en constante interacción.¹⁹ El ideal de exactitud que buscaba Baleato se vio favorecido entre otras razones, por una técnica que consistía en representar con detalle la superficie edificada de la ciudad, diferenciando gráficamente espacios llenos y vacíos, con tal rigurosidad, que podría cuantificarse los metros cuadrados construidos a partir del documento.²⁰

2. La cuadrícula en discusión

Los académicos entienden crecientemente la ciudad como una construcción multidimensional, diferenciando el ámbito físico del ámbito social, cultural y simbólico. El primero comprende la urbe como un conjunto de edificios, calles y ámbitos urbanos vinculados por el espacio: la ciudad física, mientras el segundo resalta la ciudad como un complejo sistema de actividad humana vinculado por la interacción, incluyendo valores, actitudes, vida social y la dimensión simbólica de la urbe, como espacio de construcción de significado: la ciudad social / cultural (Batty, 2007; Hillier y Vaughan, 2007; Portugali, 2007; Johnson, 2004).

De acuerdo a esta perspectiva, podemos entender la morfología urbana reticular o cuadrículada, como uno de los referentes más poderosos en torno a los discursos del orden y del poder, constituyendo una forma de racionalización del espacio urbano, con fines de control, defensivos, fiscales, entre otros. Tal trazado ha sido asociado al desarrollo de diversos proyectos de ciudad, diversas culturas y diversas formas de poder: la ciudad clásica, la ciudad hispanoamericana, la ciudad norteamericana, el proyecto urbano moderno, bajo discursos, significados y contextos específicos.²¹ La

¹⁸ Jesús Cosamalón afirma que parroquias como Santa Ana, se encontraba asociadas mayoritariamente a la plebe, constituyendo ámbito de negros, indios y castas, albergando la mayor parte de callejones de la ciudad, a la vez que constituía un espacio inmigrantes, en tanto se hallaba asociada a caminos y puertas de la ciudad, como Cocharcas. Ver: COSAMALÓN, Jesús. *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia inter-racial en Santa Ana, (Lima, 1795-1820)*, Lima: Fondo Editorial PUCP, 1999, pp. 51-65

¹⁹ Ver por ejemplo las diversas disposiciones contenidas en la por controlar la circulación de animales en el espacio urbano, junto al ordenamiento espacial de las actividades urbanas, contenidas en la *Instrucción para el establecimiento de alcaldes de barrio de 1785*.

²⁰ Esta forma de representación de la ciudad de Lima fue desarrollada por primera vez por el ingeniero francés Amadée Frezier en 1713. Ver: FREZIER, Amédée. *Relation du voyage de la mer du sud...anenees 1712, 13 y 14*, Paris: Chez Nion, Didot y Quillau, 1732, plancha XXVIII, p. 185

²¹ Ver al respecto: SENNETT, Richard, *La conciencia del ojo*, Barcelona: Ediciones Versal, 1991, pp. 66-85; *Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid: Alianza Editorial, 1997, pp. 115-120; 284-290; KOSTOF, Spiro. *The city shaped: urban patterns and meaning through history*, Boston: Little, Brown, 1991

conceptualización del trazado cuadriculado como una expresión física de orden, disciplina y control también puede evidenciarse en los proyectos de reconstrucción de diferentes ciudades tras desastres, como el incendio de Londres (1666), el sismo de Lisboa (1755), o el tsunami del Nuevo Callao o San Fernando de Bellavista (1746).²²

En el espacio colonial hispanoamericano, el damero o cuadrícula estuvo asociado asimismo a conceptos e imaginarios de orden y control, de acuerdo al discurso del poder, constituyendo el epítome del proyecto urbano colonial, cuyo centro representado por la plaza mayor, constituía el vórtice del espacio urbano, a partir del cual se difuminaban los valores de la ciudad letrada.²³

De acuerdo a esta visión, una forma elocuente de discusión del ordenamiento colonial puede rastrearse en el cuestionamiento de la morfología urbana oficial, a partir de estrategias como la tergiversación o alteración de la cuadrícula, su símbolo más potente, es decir, discursos y prácticas espaciales que buscaron discutir la institución urbana y el orden colonial, empezando por la organización física y espacial urbana.

En el espacio virreinal peruano la trama cuadriculada se aplicó en diversas instancias y ámbitos: villas y ciudades de españoles, reducciones o pueblos de indios y más tarde, durante el siglo XVIII, en la extensa fundación de ciudades asociadas a la política de *Nuevas Poblaciones*. La cuadrícula estuvo presente permanentemente en la construcción urbana del poder virreinal, constituyendo un referente, un signo, un símbolo que propició la difusión y la reproducción del orden colonial.²⁴ Su trazado hablaba de prácticas espaciales que procuraban afirmar autoridad sobre el espacio urbano, procurando una correspondencia entre discurso y morfología urbana. La cuadrícula hispanoamericana en este sentido, nos remite a los valores de la espacialidad moderna, abstracta, neutra, homogénea, construida desde el Renacimiento en Europa y a una cartografía que procuraba asimismo una racionalidad espacial, constituyendo un instrumento de colonización y desterritorialización del espacio indígena.²⁵

El trazado cuadriculado de Lima implantado con su misma fundación (1535) se condecía con un modelo urbanístico, cuyos ejes se enfocaban en la civilización, la vida en policía y la evangelización de los indios. Durante el siglo XVIII este trazado y el modelo urbano que lo sustentaba, habían sufrido profundas transformaciones, desde la mirada de sus autoridades²⁶. En su opinión, buena parte de la urbe limeña presentaba un tejido desordenado y caótico, siendo descrita usualmente, como una ciudad insalubre, mientras se juzgaba la conducta de su población, en términos de relajación moral. Tanto autoridades, como funcionarios e intelectuales criollos, consideraban que la ciudad se encontraba próxima a la anarquía física, social y moral.

El proyecto urbano borbónico buscó resolver la anarquía física, revalorando la morfología urbana del damero, exaltando los valores de la cuadrícula en tanto expresaba claridad, homogeneidad y permitía el control, la vigilancia y el orden de la vida urbana. Un tejido regular se asociaba a los ideales de la ciudad ilustrada, como orden y circulación, entendiéndose que las ciudades constituirían organismos que debían permitir la circulación de bienes, personas y deshechos urbanos, así como la vigilancia de la población.

De acuerdo a las teorías médicas, provenientes del siglo XVII, se entendía que la circulación y la respiración eran beneficiosas, no sólo para la salud del cuerpo, sino para

²² Para una comparación en torno a las respuestas frente a los sismos, a ambos lados del Atlántico, ver: "Lisbon and Lima. A tale of two cities and two catastrophes", en: LAUER, Gerhard y Thorsten Unger. *Das Erdbeben von Lissabon und der Katastrophendiskurs im 18. Jahrhundert*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2008, pp. 377-391.

²³ Ver: RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*, Hanover (USA): Ediciones del Norte, 1984; ROMERO, José Luís. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999.

²⁴ Uno de los primeros actos en torno a la ceremonia de fundación de la ciudad colonial hispana estuvo asociado a la construcción de un plano, croquis o cualquier pieza cartográfica que permitía plasmar en el terreno el proyecto urbano propuesto.

²⁵ PADRÓN, Ricardo. "Mapping Plus Ultra: Cartography, Space, and Hispanic Modernity", *Representations* 79 (Summer 2002), pp. 28-60.

²⁶ Para un desarrollo de los conceptos de exclusión/inclusión y su vinculación con el proceso urbanístico limeño ver: COELLO DE LA ROSA, Alexandre. *Espacios de exclusión, espacios de poder. El Cercado de Lima colonial (1568-1606)*, Lima: IEP: Fondo Editorial PUCP, 2006, pp. 71-122

aspectos tan diversos como la economía, la sociedad y también para la ciudad. Para Sennet, la experiencia de la ciudad moderna se ha basado en las diferentes formas de relación entre la urbe y el individuo, a partir de la circulación.²⁷ Para Foucault, el problema de la ciudad del siglo XVIII era esencialmente un problema de circulación, en tanto la misma, hasta entonces, se había desarrollado como un enclave, circunscrita físicamente en sus murallas, como una entidad cerrada en términos administrativos y jurídicos, que lo diferenciaban de otras entidades del territorio. El problema consistía en el desenclavamiento espacial, jurídico, administrativo y económico de las ciudades.²⁸

De acuerdo a esta visión, la respiración y la circulación fueron principios valorados positivamente por intelectuales y autoridades, asociándolos a la salud del cuerpo y de la urbe, siendo incorporados crecientemente a las prácticas urbanas y urbanísticas en Europa y América.²⁹ Así, el caos urbano que detectaron las autoridades en Lima, fue entendido como un impedimento para la respiración y la circulación urbanas. A su vez, la expresión de tal caos fue asociado entre otros aspectos, a la deformación del trazado regular y a formas anárquicas del uso del espacio urbano, entendiéndose la capital virreinal peruana como una ciudad atrofiada, insalubre e insegura, que limitaba el desempeño económico y el ejercicio de la autoridad.

¿Bajo qué desempeños, estrategias y actividades se desarrolló el cuestionamiento del orden cuadrículado colonial? Un primer desempeño estuvo asociado a la construcción de un trazado orgánico o espontáneo, así como la modificación y mutación del trazado cuadrículado. Quiebres y divergencias alrededor del damero de Pizarro pueden encontrarse tras la fundación misma de la ciudad. Esta alteración tiene que ver con un temprano reconocimiento de los límites del trazado cuadrículado, al adaptarse e incorporarse elementos nativos: huacas, caminos, acequias, al tejido de la ciudad. Esto podría hablarnos de una doble comprensión de Lima, como una ciudad fundada bajo el modelo de ciudad renacentista, a la vez que construida sobre una espacialidad indígena y que se reflejó en el trazado propuesto, inmediatamente después del damero de Pizarro.

Esta práctica fue recurrente y asimilada por los vecinos posteriormente en Lima y el Callao. Tal es el caso de Bellavista o Nuevo Callao, ciudad construida después del tsunami de 1746 y la destrucción del puerto. Frente a una propuesta de ciudad en damero, siguió un proceso paulatino de reacomodo a la estructura urbana precedente. La cartografía del Callao y Bellavista de Antonio Cañabate (1797), reflejó ese trazado orgánico, espontáneo, opuesto al orden que sus fundadores como Luis Godin y el virrey Manso de Velasco, intentaron plasmar. Ellos redujeron actividades y hombres a los imperativos de la cuadrícula, asignando los marineros a Bellavista y los indios pescadores a un sector adyacente, conformado por cuatro manzanas cuadradas. El resultado, pocos años después, fue la vuelta a un tejido orgánico, que se extendía en torno a los caminos que conducían a Lima y el regreso de los indios pescadores al puerto. Allí, la población portuaria desarrolló al igual que en Bellavista, formas espontáneas de asentamiento. Se trataba en fin, de la recuperación y afirmación de un patrón de enorme tradición, en consonancia con la proximidad al mar.³⁰

Además de indios pescadores y marineros, otros sectores propusieron formas alternativas a la cuadrícula oficial. Así, podemos citar a la institución eclesiástica, que

²⁷ Por su parte Richard Sennett sostiene que los antecedentes de esta sensibilidad higiénica y su aplicación a las prácticas urbanas, implementadas durante el siglo XVIII, se encuentran en los trabajos de los médicos, especialmente en los estudios de la fisiología en torno a la circulación de la sangre y la respiración. Ver: SENNETT, Richard. *Carne...*, 1997, pp. 273-290; DÁVALOS, Marcela. *Basura e Ilustración. La limpieza de la Ciudad de México a fines del siglo XVIII*, México D.F.: INAH, 1997. Para un estudio entre las prácticas urbanas higienistas y una nueva sensibilidad olfativa, ver: CORBIN, Alain. *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social, Siglos XVIII-XIX*, México D.F.: FCE, 2002.

²⁸ FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006, pp. 28-29

²⁹ Diversas ciudades adoptaron esta práctica urbanística durante el siglo XVIII, como parte de procesos de modernización propiciadas por sus autoridades: San Petersburgo, Nápoles, Lisboa y en España, además de San Idelfonso, las *Nuevas Poblaciones* iniciadas con Pablo de Olavide.

³⁰ Cf. SAENZ, Isaac. "Nueva Urbe, Nuevo Puerto: Imaginaciones urbanas, intervención del territorio y post desastre en Lima y Callao, siglo XVIII", 2009, en revisión.

implementó estrategias de apropiación del espacio, a través de dos formas: 1) “Rectangulizando” el damero, es decir, uniendo manzanas con la finalidad de incrementar la extensión de su propiedad, como también su presencia en el imaginario urbano. 2) Construyendo plazas al pie de sus iglesias, tipología urbana que Antonio San Cristóbal ha llamado plazuelas o plazas conventuales, espacios de articulación de la iglesia con la urbe. Estos ámbitos si bien es cierto conservaban el trazado cuadriculado, retiraban el volumen de la edificación varios metros del límite de la propiedad, generando un paisaje urbano particular. Se trataba de una fórmula conocida en otras ciudades hispanoamericanas, pero no tan extendidas como en Lima virreinal.³¹

Otros sectores, como las elites, estuvieron también en constante discusión con las murallas y el río, alterando la cuadrícula y los principios de arquitectura militar con el fin de extender sus propiedades hacia el Rímac a modo de terrazas. Mercaderes y cargadores hicieron lo propio en el Callao antes y después del sismo de 1746. En ambos casos, se interesaron por usufructuar el entorno portuario de acuerdo a sus intereses particulares.

En el barrio de San Lázaro, la plebe discutió el orden que imponía en este caso, los franciscanos a través del referente urbano de la alameda de los Descalzos. En este contexto las casas se localizaron inicialmente en torno a la Iglesia y parroquia de San Lázaro, como en las ciudades medievales europeas. Más tarde se extendieron en el eje este-oeste, paralelo al recorrido del Rímac. El escenario en conjunto distaba mucho del ideal hispano de ciudad. Más se acercaba a un arrabal, cuyo trazado aproximadamente regular alrededor de la iglesia, iba diluyéndose conforme se alejaba de la misma. Buena parte de este denso tejido urbano estaba conformado por callejones y viviendas precarias, hábitat de la plebe, negros y esclavos libertos.

El perímetro ribereño de la ciudad constituyó otro escenario en discusión con el tejido urbano limeño. No obstante las disposiciones por conservar la trama reticular de la ciudad, el proceso de urbanización de este espacio distendió del trazado oficial, a la vez que se desarrollaba un eje de crecimiento urbano paralelo al río, proceso advertido por los viajeros y expedicionarios ilustrados, quienes resaltaron la forma triangular de la planta de la ciudad, donde el lado más extenso correspondía precisamente al frente ribereño. En este entorno el trazado era más bien alargado, amorfo en otros casos, en afán por abarcar el mayor frente posible.

Así, la alteración del trazado regular no fue obra solamente de la plebe, sino también de vecinos, élites y la propia institución eclesiástica. Todos, de alguna u otra forma, se vieron comprometidos en la subversión del orden físico. Mientras la autoridad local se interesaba por conservar el orden, instituciones religiosas, nobles y plebe en conjunto proponían formas alternativas del orden físico, a través de apertura o eliminación de vías, yuxtaposición de manzanas, construcción de manzanas irregulares, apertura de murallas. Actividades que nos dicen que en conjunto se trataba de construir una ciudad alternativa a los moldes de la normativa urbana, prácticas que se condicen con la construcción de una sociedad en gestación, donde la discusión y subversión del orden constituían una práctica cotidiana.

3. Una nueva visualidad urbana unitaria

Cuando los griegos diferenciaban la urbs y la polis como dos dimensiones de la ciudad, aludiendo a la estructura física y al espacio político respectivamente, buscaban comprender la urbe desde la unidad, procurando articular espacio físico y espacio público. La experiencia urbana en buena cuenta, tenía que ver con la búsqueda de la unidad entre la carne y la piedra, entendiéndose la polis como el lugar donde las personas alcanzaban tal unidad.³² Esta forma de entender la ciudad fue abordada

³¹ Ver al respecto: SAN CRISTÓBAL, Antonio. *Lima: estudios de la arquitectura virreinal*. Lima: Epígrafe Editores, 1992, pp. 135-150

³² SENNETT, Richard. *Carne y piedra...*, p. 41

también por el sistema colonial hispano. En este caso, tal unidad se alcanzaría con la observación rigurosa de los roles atribuidos específicamente a las dos repúblicas en que se clasificaba la sociedad colonial: la de españoles y la de indios. Este ordenamiento social tuvo su correlato en el ordenamiento físico-urbano del espacio colonial: villas y ciudades para los primeros y reducciones o pueblos de indios para los segundos. En ambos casos, la estricta observación del trazado en cuadrícula, representaba esta unidad entre el orden físico y el orden social. Sin embargo, este modelo se resquebrajó muy pronto, deviniendo hacia el siglo XVIII, en una sociedad heterogénea, mestiza y variopinta, junto a una ciudad caracterizada por el desorden y el exceso, con un trazado apartado ampliamente del modelo instituido por el poder.

La cartografía jugó un papel clave, a lo largo del periodo colonial, en la construcción de un modelo urbano y social enfocado en la unidad. Al igual que en el resto de Hispanoamérica, en el Perú colonial la representación urbana estuvo asociada a los conceptos de *urbs* y *civitas*, de acuerdo a la concepción hispana de ciudad. Estas formas de comprender el fenómeno urbano devinieron en dos formas de representación: “mapas corográficos” y “vistas comunicéncricas”, derivados de lo que Juan Luis Vives llamó la “vista” y la “esencia” de la ciudad, respectivamente. El primer tipo enfocado en la representación física de la urbe; el segundo, en los valores cívicos, tradiciones, historia y costumbres locales.³³ De acuerdo a esta visión, la cartografía virreinal peruana expresó por un lado, tanto el contundente trazado reticular del siglo XVI, como los cambios que se iban operando en su estructura física. Por otro lado, representó las tensiones y la heterogeneidad de la sociedad colonial.

Durante el siglo XVIII, especialmente en su segunda mitad, la construcción de una visualidad urbana unitaria estuvo directamente asociada al proyecto modernizador de los borbones y al imaginario urbano ilustrado subyacente al mismo. Tal imaginario entendía la ciudad como una totalidad y ya no como una suma de partes, buscando además, articular ciudad y entorno rural y procurando con ello, un diálogo fluido de bienes, personas y símbolos entre ambos ámbitos.³⁴ Asimismo, los borbones entendían la ciudad como un espacio legible, debiendo sus edificios y espacios públicos transmitir el mensaje civilizador y modernizador unívoco.³⁵

Este propósito orientado a una imagen unitaria de la urbe se valió de diferentes estrategias, siendo una de las más relevantes, la representación de la ciudad en conjunto, incluyéndose su entorno rural y litoral. La cartografía constituyó de este modo, un instrumento que permitió comprender y gestionar la ciudad como una totalidad. Tan importante como el centro, fueron los bordes, los arrabales, el campo, el litoral, fragmentos en buena medida, ajenos al trazado oficial. Esta visión se situaba en una posición opuesta al modelo urbano barroco, que al centrarse en la edificación religiosa como iglesias y conventos, propuso una visión urbana fragmentada e incompleta.³⁶

La construcción de Lima ilustrada entonces implicó la representación de la urbe en dos escalas: 1) la ciudad amurallada, incluyendo el barrio de San Lázaro, 2) La ciudad y su entorno rural y litoral. La cartografía de Lima a lo largo del siglo XVIII se ocupó por igual de ambas escalas. A su vez, la ciudad de Lima desde fines del siglo XVI se encontraba estructurada en tres sectores y que en el siglo XVIII eran reconocidos en los documentos oficiales: el casco central o damero, el pueblo de Santiago del Cercado y el

³³ KAGAN, Richard. “Cartography and community in the hispanic world”, en HOWE, Nicholas. *Visions of community in the pre-modern world*, Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame, 2002, pp. 149-150

³⁴ Ver por ejemplo: GRAVGNULO, Benedetto. *Historia del Urbanismo en Europa, 1750-1969*, Madrid: Ediciones Akal, 1998, pp. 15-23

³⁵ ESTENSSORO, Juan Carlos. “La plebe ilustrada: El pueblo en las fronteras de la razón”. En: WALKER, Charles (Comp.). *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes durante el siglo XVIII*, Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1995, pp. 60-63

³⁶ Para una visión amplia de los alcances e implicancias del barroco en términos urbanísticos, véase: SERRERA, Ramón. *La “ciudad de Dios” en la ciudad barroca: macroconventos en el Perú Colonial*. Sevilla: Universidad de Sevilla: Fundación El Monte; Lima: PROM PERÚ, 2001; HOHENBERG, Paul M. y Lynn HOLLEN. *The making of urban Europe, 1000-1994*; Cambridge and London: Harvard University Press, 1995, Pág. 5, pp. 137-171.

barrio de San Lázaro. A fines del siglo XVII los dos primeros quedaron comprendidos al interior de las murallas; articulados además por el camino de Maravillas. Durante el siglo XVIII la ciudad en sus dos orillas quedó conectada, a través no sólo del puente viejo de piedra, sino a través de un segundo puente de sogas construido por el Virrey Amat.³⁷

La representación de la urbe como una unidad física tuvo un punto de partida mucho antes de las políticas de los borbones. Una primera imagen de Lima que procura una mirada en conjunto corresponde al trabajo del mercedario Bernardo Clemente Príncipe en 1674. Se trata de un trabajo emprendido por un miembro de una de las órdenes más antiguas establecidas en el Perú, que representa la ciudad justo antes de la construcción de sus murallas.³⁸ En este documento, Príncipe entiende Lima como un espacio unitario en términos físicos y sociales. Aunque olvida la reducción de Santiago del Cercado, sí retrata San Lázaro, el barrio donde se encontraba el leprosorio del mismo nombre, espacio asociado a la plebe, resaltando la articulación entre el arrabal y el damero, como también las conexiones de la ciudad de Los Reyes y el entorno rural. También los trabajos de cartografía marítima procuraron este objetivo. Pero ciertamente terminaron representando el litoral y sus costas, más no el interior de la geografía urbanas, como tampoco las ciudades más allá del litoral.³⁹

La especificidad de la producción cartográfica del siglo XVIII respecto a los dos siglos precedentes, es que ésta es más sistemática, organizada, institucional, fomentada desde la Corona y desde el superior gobierno y que, independientemente de sus objetivos, articula el centro y la periferia, en una imagen integral. Hasta el siglo XVII, la cartografía urbana se había centrado en vistas parciales, levantadas a partir de intereses puntuales: económicos, administrativos, militares/defensivos que derivaron en vistas sesgadas, escenarios fragmentados de la ciudad. Citamos dos planos en la primera mitad del siglo XVII: el plano de Lima de 1611 de Juan de Belveder y el de 1626 de Cristóbal de Espinosa, éste último restringido a la defensa de la ciudad, en el que sólo interesa la cuadrícula a resguardarse. En la segunda mitad, los planos de Pedro de Nolasco de 1685 y 1687, que representan el perímetro por amurallar, dejando el arrabal de San Lázaro de lado. En todos ellos, se aborda la ciudad alrededor del damero, interesándose menos por la periferia. En contraposición, citamos el trabajo de Antonio de Ulloa (1748) en torno a Lima, que es el primer documento cartográfico propiciado por el poder central abocado a la representación de la ciudad en conjunto (Fig. 1). Esta perspectiva no sólo se ocupó de la ciudad amurallada, sino que dio cuenta de espacios antes relegados, como el barrio de San Lázaro, el Cerro San Cristóbal, el entorno ribereño y los distintos caminos de Lima hacia el norte y el este.⁴⁰ Por este mismo objetivo y estrategias transitaron los subsiguientes planos de Lima: Andrés Ordóñez (1769), Nicolás de Mendizábal (1770), José Jiménez (1787), Andrés Baleato (1790), entre los más conocidos.⁴¹

³⁷ Véase: MENDIBURU, Manuel de. Diccionario histórico-biográfico del Perú, Lima: Imprenta de J. Francisco Solís, 1876, Tomo Primero, p. 231

³⁸ "Planta de La Muy Y Ilustre Ciudad De los Reyes Corte Del Reino Del Peru", Bernardo Clemente Príncipe, Library of Congress, G5314 .L5, 1674 .P Vault Ov., 1674.

³⁹ Aunque alcanzaron a representar a la ciudad en su conjunto, se trataban de una cartografía que correspondía más al imaginario de ciudad hispanoamericana que se manejaba en Europa a partir de relatos, crónicas y literatura diversa que circulaba por entonces en el viejo continente.

⁴⁰ Véase: "Plano Scenographico de la Ciudad de los Reyes o Lima, Capital de los Reynos del Perú...", en: ULLOA, Antonio de y Jorge JUAN. *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, Madrid: Antonio Marín, 1748, Tomo III, Lám. I, p. 58

⁴¹ Antes del plano de Ulloa de Lima de 1748, se conocen al menos tres piezas cartográficas interesados por una representación global de la ciudad durante el siglo XVIII: Johann Matthias Hasio (1739); Amédée Frezier (1712) y Louis Feuillée (1709).



Fig. 1. "Plano Scenographico de la Ciudad de los Reyes o Lima,...", Antonio de Ulloa y Jorge Juan, 1748.

Respecto a la representación de Lima y su entorno, podemos citar los trabajos de Antonio de Ulloa, insertos en esta mirada racional, matemática e ilustrada del espacio. La carta topográfica del valle de Lima y Callao de 1743,⁴² es el primer documento cartográfico que articula el valle y el litoral, incluyendo la topografía marina. Se trata de una mirada de Lima en conjunto, un riguroso levantamiento que incorpora los pueblos, el puerto y la ciudad amurallada.⁴³ Hasta entonces la administración colonial carecía de una representación rigurosa de la jurisdicción del corregimiento del Cercado. Sólo se conocían los documentos centrados en el litoral y que representaban el valle y sus pueblos tangencialmente. El plano de Ulloa es el primer intento auspiciado por la corona, por acercarse desde la cartografía a una visualización de Lima como entidad administrativa en conjunto.⁴⁴

Así, durante el siglo XVIII la representación cartográfica de la ciudad en conjunto, pudo efectivizarse debido a las estrechas relaciones entre el discurso urbano ilustrado y el discurso militar. La visión urbana inserta en la crítica ilustrada se acopló muy bien a la imaginación militar de la urbe; ambas propugnaban una organización racional de la ciudad y la disciplina de sus habitantes. En este propósito, se inscribe el conjunto de

⁴² ULLOA, Antonio. "El Puerto de El Callao en el mar Pasyfco o de el Sur...", Biblioteca Nacional de España, Sala Goya, Mr/43/146, 1743

⁴³ Tradicionalmente la cartografía del entorno de Lima se había centrado en el litoral, costas y puerto del Callao, antes que en el valle propiamente, a través de documentos como los derroteros y las cartas náuticas. Feuillé y Frezier, trabajando para la corona francesa, dieron los primeros pasos en el levantamiento cartográfico del hinterland de Lima. Pedro de Peralta continuó esta labor, levantando un plano del valle de Lima, aunque se desconoce su paradero. Ulloa finalmente pudo articular estos distintos proyectos de cartografías del espacio virreinal limeño.

⁴⁴ En rigor, el plano de Ulloa de 1743 representa una sección del corregimiento del Cercado, el cual quedó constituido cuando el virrey Toledo separa del corregimiento de Ica, los repartimientos de Lunahuaná, Chilca, Mala, Coayllo y Calango, anexándolos a los repartimientos de Pachacámac, Surco, Ate, La Magdalena, Lurigancho y Huanchihuaylas, pertenecientes a la ciudad de Lima, conformando el Corregimiento de Los Reyes. Más tarde, durante el gobierno del Virrey Marques de Cañete toma el nombre de Corregimiento del Cercado (Lohmann, 2001: 239).

disposiciones del Intendente Escobedo, apoyado por el Teniente de Policía José María de Egaña: una nomenclatura unificada y estandarizada de calles de Lima, numeración de calles, la asignación del control de la población a comisarios y la seguridad urbana a celadores, el registro de la población, el levantamiento cartográfico de la ciudad y la exaltación del tejido urbano regular. También la división de Lima en cuarteles y barrios, disposición que además nos habla del interés de las autoridades por secularizar el espacio urbano, trascendiendo las referencias religiosas al acercarse a una organización más bien castrense. Charles Walker ha resaltado el desplazamiento progresivo en Lima del siglo XVIII, de un sistema de referencia urbano basado en hitos de carácter religioso y otros como residencias de vecinos notables, a un sistema racional, basado en la estandarización de la nomenclatura de calles y espacios urbanos.⁴⁵ El proceso de secularización tuvo como aliado el documento cartográfico que, a través de nociones de orden, exactitud y una visión global de la urbe, contribuyó en la construcción de un imaginario urbano ilustrado. A medida que se extendía la representación militar de la urbe limeña, se contraía el ordenamiento religioso de la ciudad barroca.

El interés por construir visiones globales del territorio y sus jurisdicciones, en distinta escala, junto al registro detallado de la edificación pública y privada, responde a un interés de los borbones por la recuperación y control del espacio urbano por un lado y del territorio y sus recursos, por otro. Al primer propósito responden medidas como la nomenclatura y numeración de calles. Al segundo, las políticas de las *Nuevas Poblaciones*. En ambos casos la cartografía tuvo un papel clave al representar la geografía urbana de acuerdo a intereses, visiones y utopías de sus autoridades. El siglo XVIII estuvo plagado de cartografías de ciudades ideales, pueblos civilizados, retículas rigurosamente cuadrículadas, así como territorios plenamente conocidos y explotados. Respecto a Lima, la cartografía urbana constituyó un instrumento que permitió plasmar y representar la ciudad de acuerdo al discurso civilizatorio ilustrado. La generosa cartografía de Lima y el Callao, levantada durante el gobierno de Amat por ejemplo, demuestra esa obsesión por la iconografía urbana de los borbones, como herramienta clave en sus objetivos administrativos y constructivos, siendo uno de los virreyes más conspicuos en materia de obras públicas. Lo propio podemos decir del Intendente Jorge Escobedo. Los planos urbanos levantados a lo largo del territorio virreinal, como visitador e intendente son copiosos.⁴⁶

La organización de la ciudad desde referentes laicos, se consolidó con normativas como el *Reglamento de Intendentes*, junto a dispositivos como la *Instrucción para el establecimiento de alcaldes de barrio en la Capital de Lima* de 1785, que señalaba la organización de las milicias en diferentes secciones del espacio urbano⁴⁷. Todos estos dispositivos relativos al uso militar de la ciudad favorecieron el proceso de secularización del escenario urbano. La mirada militar de la ciudad por parte de sus autoridades, incluyó además de la organización castrense de la ciudad, disposiciones como el uso de los edificios religiosos con fines militares, previéndose la congregación de tropas en sus instalaciones y alrededores, que incluía los atrios de las principales iglesias de la capital.

Un proceso similar de secularización del espacio a partir de desempeños militares y donde la cartografía tuvo un papel clave, tuvo lugar en el entorno de Lima. A diferencia del modelo de ciudad barroca que entendía lo rural como un ámbito opuesto a la civilización, signado por el peligro, la barbarie, la autoridad borbónica supo valorar este espacio, comprendiendo que la urbe guardaba estrechas relaciones con el entorno rural y litoral. La cartografía levantada por los ingenieros militares contribuyó con la imaginación y construcción de una ciudad orgánica y circulaciónista, que debía favorecer una

⁴⁵ WALKER, Charles. "¿Civilizar o controlar? El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones". En: Cristóbal ALJOVÍN y Nils JACOBSEN (Eds.). *Cultura política en los andes (1750-1950)*, Lima: UNMSM: IFEA: CRFPA, 2007, pp. 108-109

⁴⁶ En el caso de Lima citamos dos ejemplos de cartografía levantadas a instancias de Escobedo: el plano de los conductos de agua de José Jiménez de 1787 y el plano de José María de Egaña, a propósito de su trabajo alrededor de la nomenclatura y numeración de las calles de Lima en 1787. Ver AGI, Lima, 707, N.14 a, 1793, f. 103 r.

⁴⁷ Archivo Histórico de la Municipalidad de Lima, Gobiernos Distritales, Caja N° 1, Documento 1, 1785

comunicación fluida entre el campo y la ciudad desde una visión ilustrada, propiciando la circulación de los valores de la civilización, junto a bienes y personas. De acuerdo a este imaginario, los caminos constituirían redes y venas que articulaban la ciudad amurallada y los pueblos vecinos, propiciando relaciones estrechas campo-ciudad. La cartografía militar que se ocupó del entorno de Lima no sólo destacó la incorporación de los imaginarios ilustrados de la geografía urbana y sus extramuros, sino además que se interesó por representar los ámbitos contrapuestos a la razón urbana, tales como palenques y rancherías en Carabayllo y Huachipa, resaltando su actitud desafiante y peligrosa; su representación puede leerse como una estrategia de exorcismo al develar su posición. En este propósito se inscribe por ejemplo, el plano de Lima levantado por Francisco Javier de Mendizábal y Manuel de León en 1807.⁴⁸

4. Microcartografías / Micrografías urbanas de Lima virreinal

Junto a la búsqueda de una mirada unitaria de la ciudad virreinal peruana, podemos señalar la emergencia de una mirada micrográfica de la misma y de la microcartografía como un instrumento y una estrategia de la autoridad en su propósito modernizador.⁴⁹ El número, la pesquisa, el registro fueron elementos claves en esta nueva mirada de la urbe y consustanciales a las políticas reformistas de control y vigilancia durante el siglo XVIII. La microcartografía se inscribe además, en el contexto cientificista que envolvió el Perú tardío colonial, signado por una obsesión por el análisis, la mirada taxonómica, el dato textual, numérico y gráfico. La cartografía constituyó en este sentido, un instrumento clave en esta mirada micrográfica y con ello, una estrategia discursiva en la construcción de la ciudad ilustrada.

La microcartografía puede definirse como una estrategia de representación que busca investigar, registrar, describir y conceptualizar una ciudad determinada, y que, valiéndose de elementos como el número, el texto, la imagen, incluidas la convención y descripción gráficas, genera por un lado, información catastral, espacial, demográfica y por otro, información social y simbólica de la ciudad. La microcartografía fue utilizada por las autoridades con propósitos administrativos, fiscales, militares, de salubridad, entre otros, constituyendo un instrumento clave en la implementación de biopolíticas, propias del estado moderno.⁵⁰ Además de estos fines, la microcartografía constituyó una herramienta que permitió reflejar tanto como construir un imaginario de ciudad, de acuerdo a la visión de sus autores. La microcartografía urbana combinaba así, información gráfica, numérica y literaria, encontrándose asociadas directamente por un lado, a instrumentos burocráticos como cuestionarios, interrogatorios, padrones, numeraciones, etc. y, por otro, a literatura especializada: relaciones de viajes, textos de geografía e historia, atlas, etc. que en conjunto, procuraron una visualización urbana moderna, centrada en aspectos tanto físicos como sociales, en la manufactura urbana como en las actividades e interacciones sociales.

La microcartografía se conoce con antelación al siglo XVIII, asociándose a géneros de representación como la perspectiva militar y la “vista a vuelo de pájaro”, desde el siglo XVI.⁵¹ Sin embargo, su desarrollo fue sistemático, extendido y clave en las

⁴⁸ Francisco Javier de MENDIZÁBAL y Manuel Miguel de LEÓN. "Plano topográfico de las inmediaciones de la Ciudad de Lima...", Archivo General Militar de Madrid, PER-2/6, 1807. Véase también el informe donde se inserta este plano, elaborado por el Ingeniero Molina, en: MOLINA, Pedro Antonio de. "Descripción militar del terreno de las inmediaciones de Lima", en AGI, Diversos, 1A, R.3, D.4, 22 de Abril de 1807

⁴⁹ Microcartografía hace alusión directa a la microhistoria, en tanto perspectiva y método de investigación histórica, enfocado en la reducción de la escala de observación de un problema determinado. Al respecto, véase: AGUIRRE, Carlos. "Invitación a otra microhistoria: la microhistoria italiana", *Histórica*, XXVII.2 (2003), pp. 283-317

⁵⁰ Para una ampliación del concepto de biopolíticas: FOUCAULT, Michel. *Nacimiento de la biopolítica: curso en el Collège de France: 1978-1979*, Buenos Aires: FCE, 2008; SIBILIA, Paula. *El hombre postorgánico. Cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, Buenos Aires: FCE, 2009, pp. 147-190

⁵¹ Para una exploración de la cartografía urbana durante el Renacimiento, ver: ARÉVALO, Federico. *La representación de la ciudad en el Renacimiento. Levantamiento urbano y territorial*, Barcelona: Fundación

políticas estatales durante el siglo XVIII, tanto como en objetivos de difusión e imaginación de la ciudad colonial peruana. Un primer ejemplo de esta forma de representación corresponde al citado *Plano Scenográfico de Lima* de Antonio de Ulloa (1748). Aunque la perspectiva militar de Ulloa se elaboró en base al viejo plano de Lima de 1687, dibujado por Pedro de Nolasco, Ulloa incorpora el barrio de San Lázaro, representando cuidadosamente las unidades edilicias, junto al espacio urbano extramuros, los ámbitos de recreación y el entorno físico, incluido el cerro San Cristóbal. Al hacer esto, la cartografía de Ulloa procuraba una visión global de la ciudad, a la vez que indagaba por el sujeto colonial, incluidos el vecino y la plebe, dejando de constituir sólo un documento técnico para convertirse en una microcartografía de Lima colonial. El plano de Lima de Nicolás de Mendizábal (1770) comparte con Ulloa, el interés por representar la ciudad en conjunto y aunque se trata de un documento con propósitos técnicos y militares, destaca esa mirada más inclusiva y articuladora de la ciudad y sus habitantes, a través de la representación de sus espacios domésticos y cotidianos y de la exaltación de la nueva edilicia pública construida durante el mandato del virrey Amat.

El epitome de esta mirada cartográfica corresponde al plano de Lima y Callao del marino Andrés Ordóñez (1768). Este trabajo se interesa por representar edificios y espacios públicos, resaltando los cambios que experimentan la ciudad, así como el puerto del Callao. A la vez, Ordóñez representa pormenorizadamente la edilicia pública y privada, registrando frentes o fachadas y puertas individualmente. En términos gráficos, una fachada puede decirnos muchas cosas: las relaciones entre el espacio público y el privado, la magnitud y jerarquía de edificios, calles y espacios urbanos, las funciones y actividades urbanas, los referentes o hitos urbanos que ordenan espacial y simbólicamente la ciudad. Ordóñez se interesó por mostrar todos estos aspectos, a través de la representación de la ciudad en su conjunto y de la lectura de las puertas de su edilicia en particular. Al hacer esto, se interesaba menos por la escala, la precisión de la medida, en tanto importaba narrar la ciudad, desde la experiencia urbana y las prácticas espaciales. Por eso la pertinencia de denominar a este tipo de cartografía como *Descripción* por tratarse de una microcartografía, en tanto vista comunicétrica, antes que una abstracta planta iconográfica o topográfica.

Esta estrategia de representación coincide con una forma usual de expresar la magnitud de una ciudad durante el siglo XVIII, que tenía que ver con indicar el número de puertas, calles e islas.⁵² El plano de Ordóñez constituiría la expresión gráfica de este tipo de estadística urbana. Sin embargo, lo que estaba haciendo Ordóñez con ello, era no sólo expresar magnitudes y jerarquías de la edilicia limeña, con fines administrativos, sino además, en términos más abstractos que sus predecesores, una lectura particular que destacaba la dimensión social y política de la ciudad, interesándose por cartografiar la vida cotidiana y la geografía social de Lima, indicando por ejemplo, los referentes urbanos como iglesias, conventos, capillas y otros edificios laicos, remarcando su jerarquía e importancia en la vida urbana y la economía espiritual, por medio de su representación en elevación y no en planta. Así, Ordóñez se ocupó por igual, de la unidad edilicia y el conjunto urbano, la ciudad y el entorno rural y marítimo, el sujeto, individualmente y en relación a su comunidad; la ciudad letrada y la ciudad sumergida, la élite y la plebe, coincidiendo con una tradición muy amplia en la cartografía hispanoamericana (Kagan, 1998, 2000).

Caja de Arquitectos, 2003

⁵² Ver al respecto, los diversos trabajos de viajeros, científicos, burócratas y otros que registraron, dibujaron y opinaron sobre la ciudad de Lima durante el siglo XVIII: Haencke, Unánue, Ulloa, Miller, Frezier, Feuillée, Cangas, Mendizábal, Egaña, etc.

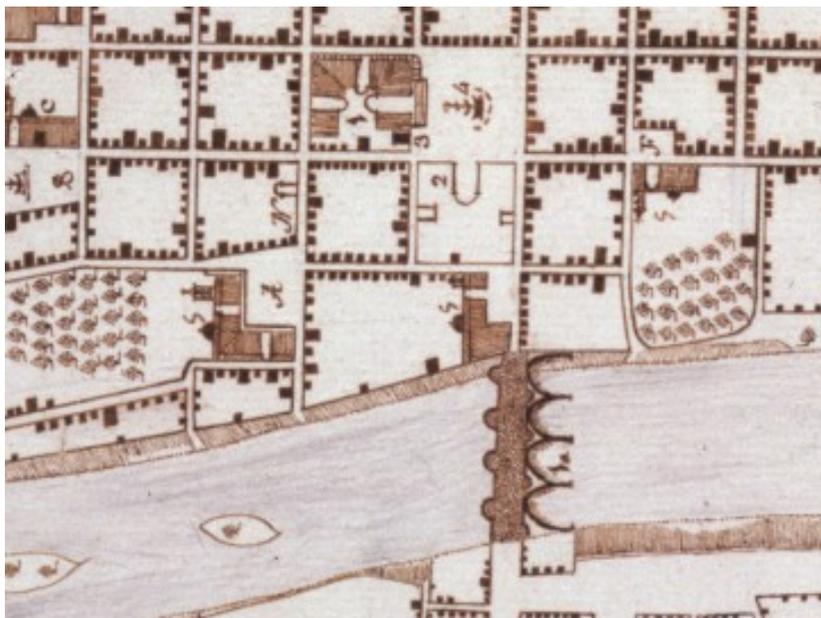


Fig. 2. Lima en la segunda mitad del siglo XVIII. Detalle.

Los planos de Ulloa, Ordóñez y Mendizábal, más allá de la representación global de la urbe, bajo propósitos burocráticos o científicos, procuraron una mirada interior del espacio urbano, una mirada comunicétrica, en términos de Kagan, visión que procuraba articular la urbs y la civitas, lo público y lo privado, la mirada oficial y la mirada doméstica, a través de micrografías del espacio urbano que resaltaban la topografía física y social de la ciudad. Esta forma de representación evidencia además, cómo la cartografía constituyó un espacio de convergencia entre el ordenamiento urbano oficial, representado por la cuadrícula y, las diversas prácticas espaciales de la ciudad colonial y como la microcartografía se situaba en un punto de intersección entre la ciudad letrada y la ciudad sumergida, develando también las tensiones y contradicciones del sistema colonial y la importancia de la urbe como arena política. Para Silvia Spitta, los textos de Ángel Rama y Alberto Flores Galindo se encuentran en posiciones opuestas. Mientras el primero procuraba develar el orden del sistema colonial, a partir del papel de la ciudad letrada, conformado por magistrados, religiosos, burócratas y otros agentes, en la reproducción del ordenamiento colonial, el segundo se interesaba por auscultar, destacar y explorar las contradicciones de tal sistema, resaltando el papel de la ciudad sumergida, evocando los rostros de la plebe e incluyendo las prácticas espaciales desplegadas.⁵³

Por otro lado, los géneros y sistemas de representación de los que se valió la microcartografía como las vistas urbanas “a vuelo de pájaro” y la perspectiva militar, estuvieron a contramano de las prácticas cartográficas dominantes del siglo XVIII, representado por el plano topográfico o iconográfico. El eclipse de las vistas urbanas frente a la planta iconográfica, ha sido asociado frecuentemente al triunfo de la razón sobre el arte, de la ciencia sobre la subjetividad. Sin embargo, algunos investigadores han demostrado que este desplazamiento tiene que ver más, con cambios en el escenario político, así como factores económicos y culturales, que con el impacto de un discurso ilustrado.⁵⁴ En el Perú virreinal, no obstante, las primeras formas de representación de Lima corresponden a plantas iconográficas de principios del siglo XVII.⁵⁵ Ambos géneros cartográficos coexistieron, de modo que hasta fines del XVIII, se continuaron elaborando y difundiendo vistas y perspectivas, impresas y manuscritas.

Los planos topográficos de Lima privilegiaron la representación de las grandes superficies: islas / manzanas, calles y espacios urbanos (plazas, alamedas, plazuelas

⁵³ SPITTA, Silvia y Boris MUÑOZ, Op. Cit., pp. 7-23.

⁵⁴ NADDEO, Barbara Ann. “Topographies of Difference: Cartography of the City of Naples, 1627–1775”, *Imago Mundi*, 56: 1 (2004), pp. 23-47

⁵⁵ Véase: Archivo General de Indias, *Mapas y Planos*, Perú y Chile, 6 y 7

conventuales). Se trataba de una cartografía planimétrica que procuraba una abstracción absoluta, apostando por la precisión numérica y gráfica, envolviendo las manzanas con colores llenos y oscuros, sin ninguna referencia a su interior. Por el contrario, la microcartografía propuesta, develaba una realidad más allá de ese aparente orden del espacio urbano sugerido por los planos topográficos, al describir el espacio público y el privado simultáneamente, por ejemplo, en la cartografía de Mendizábal como hemos visto. Así, junto a la representación de edificios públicos, callejones y espacios urbanos, éste destacaba el dibujo de patios, crujías, puertas, fachadas, además de algunas actividades urbanas.

En esta misma estrategia se inscriben los trabajos pictóricos de Lima elaborados por Fernando Brambila, constituyendo una mirada desde abajo al representar aspectos específicos de la vida urbana, particularmente las actividades de la plebe, por ejemplo el lavado de ropa en torno al río Rímac, a la vez que expresaba prácticas espaciales de los propios vecinos de Lima, como la ocupación del entorno de las murallas ribereñas y el depósito de basura y desmontes al pie de las mismas, que nos hablan de prácticas contradictorias en torno al discurso defensivo y médico, propio del discurso urbano de los borbones.⁵⁶ Con ello, la cartografía remitió a formas de gestión de la ciudad alternativas al orden colonial. Las autoridades en su propósito modernizador, centrado en el orden y el control, procuraron construir un imaginario ilustrado, por un lado, representando la ciudad en conjunto, incluyendo los bordes, los márgenes; por otro, describiendo sus espacios y elementos al detalle, proponiendo una mirada micrográfica, intentando expresar y exaltar las virtudes de su gestión en términos de control y orden. Al hacer esto, la cartografía resultante evidenció las huellas tanto de la ciudad letrada como de la ciudad sumergida.

Junto a los documentos iconográficos como planos, cartas, trabajos pictóricos, entre otros, la dimensión microcartográfica de la ciudad puede rastrearse en otro tipo de documentación, como la burocrática y la literaria: informes, narrativas urbanas, libros de viajes, etc., constituyendo más que una extensión de la cartografía urbana, un género siguiente. Al respecto, Ricardo Padrón ha criticado la mirada restringida de la cartografía, limitada a la imagen, proponiendo un concepto más amplio que involucre también las piezas literarias. Así, Padrón diferencia la cartografía iconográfica de la cartografía discursiva. La primera centrada en la imagen, mientras la segunda incluye piezas literarias, descripciones, crónicas, cartas, etc., denominándola cartografía discursiva, entendida como una prosa cartográfica, un tipo específico de texto geográfico que permite a sus lectores la construcción de una imagen cartográfica, tanto en el papel como en la imaginación.⁵⁷

De acuerdo a este concepto, cartografía iconográfica y literaria se ocuparon simultáneamente del espacio urbano de Lima. La cartografía discursiva incluiría en primer lugar, la vasta literatura que en torno al siglo XVIII, se ocupó de la ciudad: crónicas, libros de viajes, descripciones, libros de geografía, historia, literatura, memorias, además de una literatura científica y notas periodísticas en revistas como el Mercurio Peruano o la Gaceta de Lima. En segundo término, incluiría la prolífica documentación burocrática: numeraciones, descripciones, informes militares, padrones, libro de provisiones, cabildos, y otros.

La prosa cartográfica como género articuló así, literatura, documentación burocrática, así como todo documento que de alguna manera se interesó por mostrarnos una conceptualización del espacio local, más específicamente, la representación de un lugar llamado Lima, desde una perspectiva particular: militar, literaria, científica, administrativa, eclesiástica y que tuvieron por finalidad, abordar la ciudad física, junto a su componente social y político. Al abordar estos textos queremos resaltar la importancia de esta documentación, que junto a propósitos de gestión o conocimiento científico, estuvo el interés por auscultar la vida urbana, la sociedad, incluido el sujeto colonial. Se

⁵⁶ El trabajo de Brambila aborda miradas de la ciudad desde su particular punto de vista. Destacando junto a las torres y bóvedas de las edificaciones religiosas limeñas, ordenadoras del espacio físico y simbólico de Lima, las actividades cotidianas en torno al Rímac y el barrio de San Lázaro.

⁵⁷ PADRÓN, Ricardo. *The Spacious Word: Cartography, Literature, and Empire in Early Modern Spain*. Chicago: University of Chicago Press, 2004, pp. 46; 92

trataba pues, de una mirada horizontal, clave en la construcción de la ciudad ilustrada, que demandó el conocimiento amplio del espacio urbano. A través de un informe técnico, por ejemplo en torno a las murallas o, el recuento demográfico de un barrio, por ejemplo el de Cocharcas, la prosa cartográfica expresaba con mayor precisión y alcance, la ciudad política, el espacio comunitario. De acuerdo a esta mirada, la muralla era, no sólo una edificación militar, sino también un ámbito de expresión de prácticas espaciales, evidenciando por ejemplo, la tensión entre funcionarios militares y vecinos en torno a las formas de apropiación de esta infraestructura. En el caso del padrón, este abordaba las diferentes formas de uso y experiencia del espacio urbano, evidenciando entre otros, patrones de vivienda y tipologías de propiedad: callejones, casas, casitas, huertas, casas rancho, ranchos, tambos, etc., junto a actividades urbanas, que nos decían de las formas de apropiación del espacio urbano en un sector periférico de Lima.⁵⁸

5. Los confines de la ciudad: murallas y bordes ribereños

Los mapas urbanos, en sus diversos géneros, han representado a menudo, imágenes parciales de una ciudad, resaltando ciertos edificios, espacios y fragmentos de acuerdo a determinadas conceptualizaciones e imaginarios urbanos. En Lima virreinal, la cartografía urbana transitó por este derrotero, restringiéndose a la ciudad amurallada o secciones de ella. Como hemos visto, sólo en el siglo XVIII se consolida una cartografía más inclusiva que se interesa por la ciudad intra y extramuros. Por lo cual, buena parte de la cartografía limeña abordó menos los confines de la urbe: las murallas y su entorno circundante, el contexto ribereño y los arrabales. Estos espacios son escenarios privilegiados para explorar prácticas espaciales, al situarse en un punto de encuentro entre las visiones del poder y las prácticas espaciales de la plebe y los vecinos.

El entorno ribereño de Lima adquirió desde sus primeros años, un carácter periférico, a partir de la asignación de funciones de servicio, deviniendo en depósito de basura y desmontes de la ciudad, desarrollándose actividades extractivas y domésticas, además de constituir el hábitat de la plebe, especialmente la orilla opuesta a la ciudad amurallada. El Rímac representaba el límite natural de la ciudad frente al arrabal de San Lázaro, ámbito asociado a indios, negros, esclavos y leprosos.⁵⁹ Escenario signado por basurales, con un río de comportamiento irreverente, peligroso y un arrabal en torno a uno de sus bordes, el espacio ribereño fue asociado a una imagen sórdida, entendiéndose el mismo como las espaldas de la ciudad.⁶⁰ En suma, el río estuvo asociado a un conjunto de prácticas espaciales que estuvieron en contradicción permanente con las ordenanzas del cabildo y más tarde con los dictados del poder virreinal, que reclamaban reordenar el entorno ribereño a partir de objetivos económicos, militares y de salubridad urbana.

El corolario final de esta visión periférica del río y su entorno, estuvo representado por la construcción de las murallas en 1687. Entonces, la ciudad quedó encerrada en torno a muros, baluartes y dientes de sierra en su tramo ribereño, limitándose la

⁵⁸ Véase: QUIRÓS, Francisco. "Análisis de un padrón correspondiente a un barrio de Lima (1771)", en RODRIGUEZ, Humberto (Ed.). *Actas del Congreso Nacional de Investigación Histórica*, 11-16 de noviembre de 1984, Lima: CONCYTEC, 1991, Tomo II, pp. 193-223

⁵⁹ De acuerdo a la legislación hispana, el ámbito ribereño debía servir como repositorio de actividades nocivas y contaminantes. En este sentido, las ordenanzas de Felipe II indicaban: "[...] que los solares para Carnicerías, Pescaderías, Tenerías, y otras Oficinas, que causan inmundicias, y mal olor, se procuren poner hacia el Río, o Mar, para que con mas limpieza y sanidad se conserven las poblaciones". Cf. ARTEAGA ZUMARÁN, Juan. "La urbanización hispanoamericana en las Leyes de Indias", en *La ciudad Iberoamericana. Actas del Seminario* (Buenos Aires, 1985), s.l. [Madrid]: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo 1987, p. 260

⁶⁰ De hecho, los edificios públicos, laicos como religiosos, se orientaron con frente a la plaza mayor, dando las espaldas al río hablador. En la orilla opuesta a la ciudad intramuros se produjo una ocupación lenta y constante por parte de la plebe limeña, estableciéndose el Leprosorio de San Lázaro y el barrio de Malambo. Antes de la fundación de la reducción de Santiago del Cercado, ocupó este entorno, el pueblo de indios pescadores de San Pedro de los Camaroneros. Véase: COELLO, Alexandre. Op. Cit., p. 208.

interacción de la ciudad y su entorno natural.⁶¹ Los objetivos defensivos terminaron por consolidar ese carácter residual y periférico del entorno ribereño, al limitar las posibilidades de diálogo con el río. El propósito militar era contrario a los usos y funciones que la población había establecido con el río durante más de siglo y medio. No obstante estas medidas, la población limeña conservó sus actividades en torno al Rímac antes y después de la construcción de la fortificación. De hecho, buena parte de su población circulaba y trabajaba en relación directa con el Rímac. Corporaciones como los indios camaroneros continuaron con sus actividades de pesca, mientras los constructores acudían al lecho del río con el fin de proveerse de materiales. A partir de 1687, se produjo un proceso espontáneo de recuperación del borde del Rímac, buscando trascender su perímetro amurallado. Además de incidir en las relaciones con el entorno y modificar el paisaje urbano, las obras emprendidas por los vecinos en su afán por aproximarse al río, moldearon el tejido limeño, además de conferir un carácter dinámico a este sector de Lima.

Las prácticas espaciales así desplegadas, cuestionaron formas oficiales de ordenamiento urbano, produciéndose un conflicto entre autoridades y vecinos que buscaban legitimar cada uno, formas alternativas de relación con el río, con los bordes de la ciudad y con los extramuros, conflicto que puede rastrearse desde tiempos mismos de la fundación limeña. Este conflicto muchas veces, puso a las mismas autoridades en posiciones opuestas. Así por ejemplo, mientras las ordenanzas reales como las *Nuevas Ordenanzas* de 1573, fomentaban el asentamiento urbano en torno a los ríos, en tanto promovía el comercio y permitía suministrar el elemento hídrico a sus habitantes,⁶² las normas edilicias pensaban en el entorno ribereño, en términos de periferia, como espacio de desperdicios de la ciudad, mientras que paradójicamente, predicaban un uso más racional e ilustrado de la ciudad y su perímetro. Por su parte, las clases subalternas y otros actores, como ciertos notables, entendieron que se trataba de un fragmento de la ciudad al margen de la autoridad, susceptible de apropiarse de acuerdo a actividades, estrategias y desempeños particulares.

El proceso de apropiación de las murallas, fue leído desde la administración virreinal, como un proceso de deterioro de la fortificación en detrimento de sus funciones militares, como se señalaba en los informes técnicos. Tal deterioro estuvo representado por dos factores. El primero tenía que ver con los embates del Rímac; el segundo, por la ejecución de obras privadas sobre los muros, siendo el sector ribereño el que acusó mayor impacto. Se trataba entonces de iniciativas de los vecinos, quienes a través de diferentes acciones, entendieron las murallas como un objeto susceptible de intervención privada, antes que como un objeto público.

Las obras en torno a las murallas ribereñas, tanto públicas como privadas, se diferenciaron en dos grandes grupos. El primero tenía que ver con los boquetes practicados sobre los muros mismos y la subsiguiente habilitación de puertas y rampas, que permitían el tránsito permanente entre la ciudad y el río y por donde circulaban con regularidad, borricos y carretas que conducían los desperdicios de la ciudad. Una de estas entradas se encontraba, por ejemplo, junto a la casa del Marqués de Corpa. Otra entrada se hallaba en Viterbo, a donde se llegaba atravesando el callejón de San Francisco. Sólo en el tramo comprendido entre San Francisco y Viterbo se habían habilitado cuatro accesos.⁶³ El segundo tipo correspondía a las viviendas levantadas en sus bordes, aprovechando las amplias secciones de los cimientos, una vez derribados sus muros, habilitándose además corrales y galpones. Otras, se adosaron a las murallas, deviniendo en manzanas de doble frente: uno, mirando a la ciudad y el otro, al Rímac, generando un gran balcón sobre el río, patrón que se repitió en el frente opuesto.

⁶¹ El modelo de ciudad barroca o conventual, asociada al encerramiento tras sus muros, no consiguió enclaustrar la ciudad limeña, como sí se produjo tras el proyecto de Ramón Coninck, bajo fines defensivos, como ya había ocurrido antes con el Callao en 1641 y Trujillo en 1687.

⁶² Véase: SÁENZ, Isaac D. "Imágenes ribereñas. El Rímac y el proceso urbano de Lima Virreinal (Siglos XVI-XIX)", *Lima CAP*, Año 2, Nº 7 (Enero-Febrero 2007), Lima, Colegio de Arquitectos del Perú-Regional Lima, pp. 20-25, en línea.

⁶³ AHM, Junta Municipal, Obras Públicas, Caja Nº 1, Documento 10, 28 de marzo de 1808

Viviendas construidas en torno a las murallas fue posible por sus continuos derrumbes y por la falta de inspección de este sector. No sólo se establecieron edificaciones de carácter residencial, sino también edificios religiosos como la Iglesia de los Desamparados de la Compañía de Jesús, cuyas obras de ampliación, se adosaron a las murallas e inclusive se asentaron sobre sus cimientos.⁶⁴

Estas actividades y desempeños procuraban en buena cuenta aprovechar las bondades del Rímac y sus recursos, entendiéndose el trazado cuadrículado como deleznable y de importancia relativa, en tanto constituía una traba para los vecinos, limitando sus actividades e intereses, que se expresaban mejor a través de formas espontáneas y orgánicas de ocupación del espacio urbano.



Fig. 3. “Vista de Lima desde las inmediaciones de La Plaza de Toros”, Fernando Brambila, ca. 1793

La cartografía urbana de Lima durante el siglo XVIII se interesó por la periferia limeña, incluyendo ámbitos como el entorno urbano de la fortificación. Este objeto militar fue entendido como un elemento de tensión, generando una lectura ambivalente. Por un lado, planos como el de Nicolás de Mendizábal por ejemplo, expresaron la imaginación del orden borbónico y militar, representando un trazado impecable, con las murallas y demás obras militares, sólidas y dispuestas funcionalmente, donde el orden pareciera funcionar. Sin embargo, pocos años después, un informe de 1791, solicitado por el virrey Gil de Taboada, señalaba el deterioro de las murallas y la carencia de los requerimientos técnicos.⁶⁵ Por otro lado, ciertas cartografías, como de Fernando Brambila, indican todo lo contrario. Lima es leída como un espacio de actividades heterogéneas, cuya periferia se asociaba al río, resaltando las grandes masas de escombros y basura y los múltiples usos asociados al Rímac (Fig. 3). Este ejemplo refuerza la idea del papel simultáneo de la cartografía urbana, como herramienta, estrategia y agente en la construcción de la ciudad, bajo los imaginarios y representaciones de sus gestores. Así, mientras el plano de Mendizábal procuraba construir un imaginario de ciudad ilustrada, Brambila remarcaba las prácticas espaciales de la plebe y los vecinos de Lima, prácticas y desempeños que en buena cuenta, se encontraban en la vereda opuesta.

Epílogo

⁶⁴ AGI, Diversos 1, A.1807, R. 3, D. 10, 1791, sin foliar.

⁶⁵ AGI, *Ibid.*, 1791, Véase además: SAENZ, Isaac. *Urbe y Fortificación. Las murallas ribereñas de la ciudad de Lima. 1687-1872*. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima, 2004, pp. 16-19

La cartografía urbana en el Perú colonial, constituyó una estrategia y un instrumento, que al mismo tiempo que reflejaba, construía imaginarios, visiones, representaciones del mundo en general y de la ciudad en particular, por parte de las diversas instancias de la sociedad colonial, incluidas autoridades, elites y clases subalternas. En este proceso de construcción de Lima como lugar, concepto o imaginario, la cartografía desplegó diversas estrategias más allá de lo iconográfico, apelando a la prosa cartográfica, que incluyó documentos literarios, burocráticos y científicos, que a su vez permitió transitar por prácticas espaciales asociadas tanto a la ciudad letrada como a la ciudad sumergida.

La cartografía de Lima no se agotó en la implementación del proyecto reformista borbónico o en el registro y exaltación del espacio urbano y las obras públicas desplegadas. Lejos de verse como un documento vertical, absoluto, que expresaba un discurso unívoco, o posiciones monolíticas e intransigentes por parte de autoridades y funcionarios, la cartografía a lo largo del siglo XVIII, mantuvo estrechas relaciones con prácticas espaciales situadas en la orilla opuesta del imaginario urbano ilustrado fomentado por el poder, utilizando diversas estrategias en este propósito, como la microcartografía, un discurso cartográfico que a través de diferentes formatos, se interesó por el registro y la narrativa minuciosa de la ciudad física, como también de la ciudad política, indagando por aspectos sociales y simbólicos y procurando con todo ello, la construcción de Lima como lugar. Al hacer esto, la cartografía urbana dejaba de constituir sólo un documento técnico para convertirse en una microcartografía de Lima colonial.

A través del despliegue de éste y otros recursos, es que podemos leer en los mapas urbanos, prácticas espaciales dirigidas a afirmar pertenencia y control sobre el ámbito urbano, a través de diversos desempeños y acciones que puede evidenciarse en el caso de Lima, entre otros ejemplos, en la pugna por aproximarse al río, la alteración del trazado cuadriculado en diferentes secciones de la ciudad, la multiplicidad de usos asignados a las murallas y su entorno, transgrediendo sus límites y funciones; la persistencia de patrones espontáneos de asentamiento en torno al perímetro amurallado, el valle y el espacio litoral, así como actividades que dificultaban delinear claramente las fronteras entre lo rural y lo urbano. En conjunto, estas acciones nos dicen de prácticas urbanas en permanente negociación, en constante tensión con la autoridad, como entre los mismos actores, en relación a la legitimidad de tales formas de apropiación del espacio urbano.

En la medida que los actores sociales desplegaron estos desempeños y estrategias en el proceso de construcción de lugar, propiciaron y contribuyeron a su representación cartográfica. Si no fuese por el despliegue de tales prácticas, el espacio urbano que ocuparon se difuminaría en una cartografía rígida, uniforme, abstracta, centrada en el orden, la exactitud y la racionalización del espacio urbano, de acuerdo al imaginario urbano del siglo XVIII. Así, paradójicamente, cuando estos instrumentos deberían reflejar la utopía urbana borbónica, bajo principios de orden y control, por el contrario, reflejaron muchas veces, un escenario en conflicto, en permanente negociación por legitimar prácticas espaciales, aflorando posiciones divergentes en torno a lo que debería significar la vida y el espacio urbanos.

Bibliografía

- AREVALO, Federico. *La representación de la ciudad en el Renacimiento. Levantamiento urbano y territorial*, Barcelona: Fundación Caja de Arquitectos, 2003
- ARTEAGA ZUMARÁN, Juan. "La urbanización hispanoamericana en las Leyes de Indias", en *La ciudad Iberoamericana. Actas del Seminario* (Buenos Aires, 1985), s.l. [Madrid]: Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo 1987, pp. 243-270.
- BUISSERET, David (Ed). *Envisioning the city. Six studies in urban cartography*, Chicago y London: The University of Chicago Press, 1998.

- CLEMENT, Jean Pierre. *Las instituciones científicas y la difusión de la ciencia durante la Ilustración*, Madrid: AKAL, 1993
- COELLO DE LA ROSA, Alexandre. *Espacios de exclusión, espacios de poder. El Cercado de Lima colonial (1568-1606)*, Lima: IEP: Fondo Editorial PUCP, 2006.
- COSAMALÓN, Jesús. *Indios detrás de la muralla. Matrimonios indígenas y convivencia inter-racial en Santa Ana, (Lima, 1795-1820)*, Lima: Fondo Editorial PUCP, 1999.
- EDNEY, Matthew. "Mapping parts of the World", en: ACKERMAN, James y Robert KARROW Jr. (Eds.) *Maps. Finding our place in the World*, Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 2007, pp. 121-123.
- ESTENSSORO, Juan Carlos. "La plebe ilustrada: El pueblo en las fronteras de la razón". En: WALKER, Charles (Comp.). *Entre la retórica y la insurgencia: las ideas y los movimientos sociales en los Andes durante el siglo XVIII*, Cusco: Centro Bartolomé de las Casas, 1995.
- FOUCAULT, Michel. *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France: 1977-1978*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006
- FREZIER, Amédée. *Relation du voyage de la mer du sud... anenees 1712, 13 y 14* Paris: Chez Nion, Didot y Quillau, 1732
- GRAVGNUOLO, Benedetto. *Historia del Urbanismo en Europa, 1750-1969*, Madrid: Ediciones Akal, 1998
- HARDOY, Jorge. *Cartografía urbana colonial de América Latina y el Caribe*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1991.
- HERRERA, Martha. "Transición entre el ordenamiento territorial prehispánico y el colonial en la Nueva Granada", en: *Historia Crítica*, Bogotá, Universidad de los Andes, N° 32 (2006), pp. 125-126.
- JEANJEAN-BECKER, Caroline. "Les récits illustrés de *Voyages pittoresques*: une mode éditoriale », en LENIAUD, Jean-Michel y Béatrice BOUVIER (Eds.). *Le livre d'architecture, XVe-XXe siècle: édition, représentations et bibliothèques*, Paris: École de Chartes, 2002, pp. 23-52
- KAGAN, Richard. "Cartography and community in the hispanic world", en HOWE, Nicholas. *Visions of community in the pre-modern world*, Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame, 2002, pp. 149-178.
- NADDEO, Barbara Ann. "Topographies of Difference: Cartography of the City of Naples, 1627-1775", *Imago Mundi*, 56: 1 (2004), pp. 23-47
- PADRÓN, Ricardo. *The Spacious Word: Cartography, Literature, and Empire in Early Modern Spain*. Chicago: University of Chicago Press, 2004.
- . "Mapping Plus Ultra: Cartography, Space, and Hispanic Modernity", *Representations* 79 (Summer 2002), pp. 28-60.
- PICKLES, John. *A History of Spaces: Mapping, Cartographic Reason, and the Geo-Coded World*. London and New York: Routledge, 2004.
- PICON, Antoine. "Nineteenth-century urban cartography and the scientific ideal: the case of Paris", *Osiris*, 2nd Series, 18 (2003), pp. 135-149
- QUIRÓS, Francisco. "Análisis de un padrón correspondiente a un barrio de lima (1771)", en RODRIGUEZ, Humberto (Ed.). *Actas del Congreso Nacional de Investigación Histórica*, 11-16 de noviembre de 1984, Lima: CONCYTEC, 1991, Tomo II, pp. 193-223
- RAMON, Gabriel. "Urbe y Orden: Evidencias del reformismo borbónico en el tejido limeño". En: O'PHELAN GODOY, Scarlett (Comp.). *El Perú en el siglo XVIII: La era borbónica*, Lima: Instituto Riva-Agüero, PUCP, 1999, pp. 295-324
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*, Hanover (USA): Ediciones del Norte, 1984
- ROMERO, José Luís. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1999.
- SACK, Robert D. *Human Territoriality: Its Theory and History*, Cambridge, New York: Cambridge University Press, 1986
- SAN CRISTÓBAL, Antonio. *Lima: estudios de la arquitectura virreinal*. Lima: Epígrafe Editores, 1992.
- SAENZ MORI, Isaac D. *Urbe y Fortificación. Las murallas ribereñas de la ciudad de Lima*.

1687-1872. Lima: Municipalidad Metropolitana de Lima, 2004

-----. "Territorio y urbanismo borbónicos. Las *Nuevas Poblaciones* durante el siglo XVIII en el Perú colonial", en *Arquitextos*, N° 16 (2003), Lima: Universidad Ricardo Palma, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, pp. 42-46.

-----. "Imágenes ribereñas. El Rímac y el proceso urbano de Lima Virreinal (Siglos XVI-XIX)", *Lima CAP*, Año 2, N° 7 (Enero-Febrero 2007), Lima, Colegio de Arquitectos del Perú-Regional Lima, pp. 20-25, en línea.

-----. "Nueva Urbe, Nuevo Puerto: Imaginaciones urbanas, intervención del territorio y post desastre en Lima y Callao, siglo XVIII", 2009, en revisión.

SENNET, Richard. *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid: Alianza Editorial, 1997.

ULLOA, Antonio de y Jorge JUAN. *Relación histórica del viaje a la América Meridional*, Madrid: Antonio Marín, 1748.

WALKER, Charles. "¿Civilizar o controlar? El impacto duradero de las reformas urbanas de los Borbones". En: Cristóbal ALJOVÍN y Nils JACOBSEN (Eds.). *Cultura política en los andes (1750-1950)*, Lima: UNMSM: IFEA: CRFPA, 2007, pp. 105-130

----. "Lisbon and Lima. A tale of two cities and two catastrophes", en: LAUER, Gerhard y Thorsten Unger. *Das Erdbeben von Lissabon und der Katastrophendiskurs im 18. Jahrhundert*, Göttingen: Wallstein Verlag, 2008, pp. 377-391.

WINICHAKUL, Thongchai. *Siam Mapped. A History of the geo-body of a nation*, Hawaii: University of Hawaii Press, 1997

Relación de imágenes

Fig. 1. "Plano de la Ciudad de Lima Capital del Reyno de Perú...", Andrés Baleato, 1790, British Library, Add. MS. 17,671.I

Fig. 2. "Plano de la Plaza, Fuertes y Población del Callao", Ignacio de Roo, fines del siglo XVIII. Archivo del Museo Naval, Madrid, Signatura P 16-3

Fig. 3. "Planta y diseño de la Ciudad de los Reyes", Nicolás de Mendizábal, Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, Signatura J-8-3-43, 1770.

Fig. 4. "Plano topográfico de las inmediaciones de la Ciudad de Lima...", Francisco Xavier de Mendizábal, Archivo General Militar de Madrid, PER-2/6, 1807.

Fig. 5. "Descripción de la ciudad de Lima y puerto del Callao", Andrés Ordóñez, 1768. Biblioteca Nacional de España (BNE), Mr- 43-009 y Detalle.

Fig. 6. "Vista de Lima desde las inmediaciones de La Plaza de Toros", Fernando Brambila, ca. 1793. Tomado de: SOTOS SERRANO, Carmen. *Los pintores de la expedición de Alejandro Malaspina*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1992, fig. 235